

De cero a cinco millones. La heroica historia del Ejército Rojo contada por su creador: Trotsky (entrevista con André Morizet)
León Trotsky
24 de agosto de 1921

(Versión al castellano desde “Entretien avec André Morizet. De zéro à cinq millions d’hommes. Le roman héroïque de l’Armée Rouge raconté par son créateur: Trotzky“, en *Marxistes, les auteurs marxistes en langue française – Trotsky*. Texto publicado en *l’Humanité* del 24 de agosto de 1921, incluido en una serie de artículos titulada *Notre enquête au pays des Soviets* comprendiendo en particular contribuciones de André Morizet (vueltas a publicar después en la obra *Chez Lénine et Trotsky*) André Julien, Paul Vaillant-Couturier et Lucie Leicague.)

Puedo decirlo antes de que alguien se dé cuenta: siento hacia Trotsky una viva admiración.

Trotsky no tiene nada del doctrinario, pero todo del hombre de acción y organización. En un país donde la enormidad de las distancias y la lentitud de las comunicaciones suprimen la noción del tiempo en todas (en casi todas) las personas, donde los métodos de precisión y exactitud sin los cuales no podemos concebir el trabajo práctico son generalmente desconocidos, regula sus ocupaciones mediante la observación escrupulosa del tiempo. Trabaja a la manera de un occidental, como un “hombre de negocios”. Probablemente porque es judío. Eso no importa.

Lo principal es que su actividad conduzca a resultados fructíferos. Siempre que hay que crear o restablecer un servicio, se recurre a él. Desde hace un año se le han confiado los ferrocarriles, que apenas funcionaban; ahora funcionan. Lenin ha pensado, se dice, en poner la industria en sus manos. Pero lo que siempre quedará, emprenda lo que emprenda, su obra maestra, es la formación de ese Ejército Rojo que, durante tres años, ha permitido a la revolución luchar victoriosamente y vivir.

¿El Ejército Rojo? Todos sabíamos, por supuesto, qué formidable ejército era, pues conocemos sus hazañas. Sin embargo, cuando Trotsky, en una de nuestras primeras conversaciones, dejó caer como algo natural la cifra a la que había llegado finalmente, algunos nos miramos asombrados.

“El año pasado”, dijo, “en el momento de la guerra con Polonia, teníamos bajo las armas a cinco millones trescientos mil soldados...”.

¡Cinco millones! ¡Maldita sea! Es una cifra que nadie en Europa, creo, sospechaba.

¿No me contará usted para l’Humanité cómo ha llegado hasta ahí?”, le pregunté. “¡Claro! ¡Todo lo que quiera!”, respondió sonriendo. Y durante varias tardes, en su despacho del comisariado de guerra, se sometió a mis preguntas con una bondad inagotable, y me proporcionó todos los elementos de una historia del Ejército Rojo que desgraciadamente debo resumir aquí.

Comienzos incómodos

“El ejército fue instituido, en principio, por un decreto del 15 de enero de 1918¹, firmado por Lenin y los comisarios de guerra y marina, Dybenko y Podvoisky. Yo

¹ “Decreto sobre la formación del Ejército Rojo”, en nuestra serie *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921* (decretos revolucionarios et alii).

negociaba entonces la paz de Brest-Litovsk con Alemania como comisario de asuntos exteriores, y asumí mi nuevo cargo en marzo.

“No quedaba nada. El antiguo ejército se había disuelto al azar; los hombres se habían ido a casa, el equipo yacía por todas partes, abandonado cuando pararon los trenes. Los sóviets locales, muy jóvenes entonces, todavía muy primitivos, me telegrafiaron: “Tenemos diez cañones..., tenemos un parque de aviación... Diez soldados..., cinco marineros...”. ¡Mirda qué desastre!

“¿Mi oficina en Smolny? ¡Una feria! Allí acudía gente de todo el país: ‘¡Dadnos zapatos! ¿Tenéis un coronel?’ Véase la descripción que hace Lissagaray del ministerio de la guerra bajo la Comuna. Pues lo mismo.

“Poner orden no fue fácil. No tenía conocimientos y al principio pensé en pedir ayuda a las misiones extranjeras, que albergaban la esperanza de que nos hiciéramos cargo de la guerra. Pero cuando vi que el jefe de la misión francesa, el general Niessel, hacer de general alemán conmigo y me poner sus botas sobre la mesa, y el escepticismo de todos estos profesionales, los eché. Poco después regresaron a sus países.

“Un camarada del partido, Bontch-Bruevich, me trajo a su hermano, un general zarista. Lo acogí y lo invité a formar un estado mayor, flanqueándolo con dos comunistas para que lo vigilaran. Hizo su trabajo a la perfección. Ahora enseña geodesia en la universidad.

“Con él, empezamos a arreglar la situación. ¿Pero ve esto usted? ¿Un general zarista? Empezaron a gritar traición, negándose a obedecerme. Afortunadamente, el comité central me comprendió y me ayudó. Para restablecer la disciplina, reprimimos sin piedad. Era necesario.

“En lo que se me ofreció había de todo: bandoleros, medio bandoleros. Un hombre, que venía con una pequeña tropa, tenía los bolsillos llenos de oro y relojes; se le fusiló. Había soplones, espías. Hubo que llevar a cabo serias operaciones de higiene revolucionaria.

“En todas partes surgían iniciativas interesantes, ¡pero de qué manera se abrían paso! Cuando se formaba un núcleo, enseguida se infiltraba el espíritu federalista: teníamos un ejército de Tver o de Vladimir. El asco general al militarismo impedía cualquier cohesión. ¡Fue una locura!

La reconquista de Kazán

“Finalmente, en mayo, se estableció el aparato: se constituyeron siete regiones con sus subdivisiones de gobiernos, cantones, vólost.

“No me había atrevido a empezar restableciendo las obligaciones militares: sólo funcionaba el voluntariado. Ese voluntariado nos había ofrecido unos 200.000 hombres: antiguos soldados y miembros de las juventudes comunistas en particular. Llegó el asunto checoslovaco y se dio el impulso necesario.

“Usted recordará esa aventura: las divisiones checoslovacas del ejército austriaco habían pasado a nuestras filas en su totalidad durante la guerra.

Las habíamos estacionado en el Volga. En colaboración con Savinkov y los socialistas-revolucionarios, se sublevaron y ocuparon Kazán, Simbirsk y Samara.

“Tujachevsky, antiguo oficial zarista, convertido al bolchevismo durante su cautiverio en Alemania, que fue comandante en jefe el año pasado contra Polonia, dirigió en Simbirsk nuestro primer ejército; Vatsetis, letón, que fue nuestro primer generalísimo, dirigió el quinto ante Kazán. Ejércitos pobres, de 6.000 a 8.000 bayonetas cada uno. Me instalé cerca de él, en Swijashsk.

“Movilizamos primero a los comunistas, a la cabeza, y luego a seis clases en las gobernaciones del Volga. La orden fue: “¡Victoria o muerte!” Los campesinos acudieron

en masa contra los blancos, pero carecían de confianza en sus propias fuerzas. He aquí a continuación lo que se la dio:

“Yo vivía en un tren, del que se ha hablado mucho, hecho de vagones blindados con sacos en el suelo, defendido por un cañón, ametralladoras, y seguido por otro tren. Este último contaba con 300 soldados de caballería, un aeroplano, un garaje para cinco coches, telegrafía sin hilos, una imprenta tribunal; en una palabra, una pequeña ciudad militar.

“En su debut, casi lo atrapan. Savinkov, Kappel y Fortunatov estaban tan seguros de su éxito que lo anunciaron. Nos rodearon con mil hombres. Cavamos trincheras y sufrimos un asedio; finalmente fueron rechazados.

“Para aprovechar al máximo nuestra ventaja, la misma noche de nuestra liberación, me arriesgué a dar un gran golpe con Raskólnikov, un joven oficial naval bolchevique que ahora nos representa en Afganistán.

“Raskólnikov había traído cuatro viejos torpederos de Cronstadt a través de los canales. Ambos planeábamos destruir con ellos la flotilla contraria, compuesta por lanchas planas armadas con cañones y emboscadas frente a Kazán. Nos separaba un recodo del río, en el que se alza una empinada colina. A la una de la madrugada, cruzamos el estrecho con el primer torpedero y, con el primer disparo, tuvimos la suerte de prender fuego a los depósitos de petróleo de uno de los barcos. Todo se quemó.

“Nuestros otros torpederos no pudieron unirse a nosotros y todavía me pregunto cómo escapamos. El fuego probablemente impidió que el enemigo frenético nos viera. Al final llegamos a casa sanos y salvos, con el timón roto.

“La impresión fue enorme. Al amanecer, tras una breve lucha, los blancos evacuaron Kazán. Al día siguiente Tujachevsky tomó Simbirsk. Nuestro ejército por fin tenía confianza. Desde entonces, sólo ha conocido éxitos.

Los comisarios del ejército

“Entonces empezó el verdadero trabajo organizativo.

“Nuestras movilizaciones parciales y sumarias habían rendido pocos frutos. Nos movilizamos regularmente, por clases. El número de insubordinados disminuyó. Carteles, mítines, representaciones de comedias satíricas en el campo, tribunales, se emplearon todos los medios.

“Llamamos a filas a los antiguos oficiales. La Revolución Francesa no encontró ni a la mitad de los 15.000 oficiales del rey. De un millón, encontramos cientos de miles. Algunos traicionaron, cierto. Nuestra 11ª División, por ejemplo, la División Nizhni-Nóvgorod, nuestro orgullo, fue masacrada en la primavera de 1919, durante la rebelión cosaca de Krasnov, por culpa de todos sus líderes. Detuvimos a las familias de los agentes sospechosos y las tomamos como rehenes.

“Creamos a los comisarios de los ejércitos. Pero la Convención sólo los colocaba cerca de los generales en jefe. Pusimos algunos en todas las divisiones, en todas las brigadas, en todos los regimientos, adjuntándoles en cada compañía los “guías políticos” para ayudarles en su acción. Casi en cada ejército, dos comisarios componían con el comandante un consejo de guerra. Inviolables, pero responsables de cualquier traición, tenían el derecho de vida y muerte sobre todos sin poder interferir en la dirección de las operaciones.

“Así es como ha crecido y funcionado esta organización militar que nos ha rendido todas nuestras victorias y cuya importancia numérica tanto le ha sorprendido.”

Toda esta heroica historia del Ejército Rojo, de cuyas líneas maestras apenas estoy informando, me la contó Trotsky durante horas frente a los mapas que se alineaba en su enorme escritorio.

Me la contó con esa encantadora sencillez que el ejercicio del poder no ha alterado en ninguno de los hombres de Moscú, interrumpiéndose para decirme: “¡Qué bien ha hecho en preguntarme todo esto! ¡Cuánto me gusta recordar estas cosas!” Hasta que terminó un capítulo diciendo con una sonrisa que excavaba dos hoyuelos en sus mejillas: “Mi chico está jugando a la pelota en la plaza del Kremlin. Iremos a buscarlo.”

Se me entregaron los informes oficiales del estado mayor sobre las operaciones contra Kolchak, Denikin, Yudénich y Wrangel, para que pudiera extraer el “Plan 17 del Ejército Rojo”. Se pidió al generalísimo Kámenev y al jefe del estado mayor Lebedev que me proporcionaran información adicional.

En los próximos días hablaré de lo que me han dicho.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es